

AÑO XVIII.—NÚM. 5569.

29 DE DICIEMBRE DE 1879.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Lunes 29 de Diciembre de 1879.

Leemos en el *Liberal*, á propósito de la célebre herencia de Bonet, Rey de Madagascar.

LA HERENCIA DE BONET.

La alta Cataluña se halla hace algunos meses agitada y febril ante la perspectiva de una inmensa fortuna, que ha de alcanzar á la mayor parte de las familias de aquella pobre y laboriosa comarca.

Personas que se dicen respetables, agentes misteriosos y el rumor público, anónimo responsable de tantos hechos históricos como han producido la ventura ó la desdicha de los pueblos, cuentan que un hijo de aquellas tierras llamado Bonet, se embarcó á mediados del siglo pasado con direccion á las Indias, y que por término de aventuras, ni conocidas bien explicadas, deparó la fortuna nada menos que el trono de la isla de Madagascar, que rigió seis años, durante los cuales llegó á reunir el enorme capital de 110.000 millones de reales (tres veces el importe de la Deuda española) el cual fué depositado en el Banco de Inglaterra (de Londres dicen las crónicas) á favor de sus herederos.

No habiendo sido recogida la herencia, tratase de poner de acuerdo á los herederos vivientes para hacer las reclamaciones oportunas cuyo resultado ha de llevar la opulencia al seno de miles de familias de la montaña de Cataluña.

Los periódicos del Principado han llenado estos últimos días sus columnas con la fantástica relacion de episodios ocurridos al aventurero Bonet, acumulando todo género de suposiciones para excitar el apetito de multitud de familias que andan rebuscando archivos parroquiales, erigiendo árboles genealógicos y le-

galizando por docenas los documentos, no sin grandes desembolsos para demostrar el derecho á la famosa herencia.

No tienen perdon de Dios, las personas que usando los seguros resortes de la avaricia y la ignorancia, han despertado en la empobrecida montaña de Cataluña deseos y esperanzas sin justificación alguna. Ni siquiera reúne ese procedimiento el mérito de la originalidad. Otras comarcas de nuestro país y del extranjero, han sido víctimas de parecido engaño. Conocemos hace algunos años la verdad de la fabula, y vamos á decirlo para impedir que en lo sucesivo siga explotándose la credulidad de los pobres montañeses.

Desde los primeros años del presente siglo, la fabula de «La herencia Bonet» hace estragos en Francia. Antes de 1820, ya habian sido víctimas de una estafa los Bonets del Rosellon, que en número considerable y despues de haber gastado sumas de importancia en partidas de bautismo, casamiento y defuncion, sostuvieron durante algunos años agentes encargados de defender sus derechos en Londres.

Más tarde, allá por los años del 25 al 28, el cebo se ofreció á los pueblos del Maestrazgo, donde tambien existen muchas familias descendientes de los Bonets. Pero entonces aquellos infelices tuvieron medios de llegar hasta el gobierno para que por las vias diplomáticas averiguara la verdad de los hechos. Nuestro representante en Londres hizo, en efecto, vivas gestiones y no pudo hallar rastro alguno de semejante herencia.

Pasado algun tiempo, la estafa se planteó en la Provenza francesa. Y entonces ocurrió un hecho extraño. Los presuntos herederos de Bonet nombraron entre ellos una comision

de cinco miembros para deducir su derecho ante el Banco de Londres y ante los tribunales si era necesario. Aquellos infelices llegaron á Londres, sin conocimiento del idioma, sin recursos para vivir, y lo que era todavía peor, sin documentos ni antecedentes ciertos sobre la existencia del presunto rey de Madagascar. Pero como en aquel país de las exageraciones todo tiene algun valor, tan luego como se hizo pública la pretension de los provenzales, se constituyó una asociacion para pleitear en nombre de los herederos de Bonet con el Banco de Inglaterra, único al que podian referirse las crónicas del aventurero archimillonario, que por cierto no era entonces catalán, sino francés y provenzal.

Reuniéronse en seguida 5.000 libras esterlinas, parte de cuya suma se invirtió en socorro á los comisionados, se hicieron reclamaciones en el Banco, éste facilitó todos sus archivos, sin resultado alguno y aun creemos que se llegó á entablar un pleito con la misma ineficacia, hasta que al cabo de dos años los provenzales regresaron á su país convencidos de su engaño.

En 1837 ó 38 reprodujose en España la estafa con algunas variantes. El presunto rey no lo habia sido de Madagascar, sino de un país ignoto en el Sur de América, no se llamaba Bonet, sino Bonell, y el lugar de su nacimiento se fijaba en uno de los pueblos del Alto Aragon, próximo á Sarsa Marcuello. Nuevas gestiones por la via diplomática produjeron voluminoso informe de nuestro representante en Londres, en el cual se referian las vicisitudes porque habia pasado esa fabula desde los primeros años del presente siglo.

Ese informe, que tuvimos ocasion de leer en 1870 con motivo de otra intentona hecha en el Alto Aragon para obtener anticipos de los presuntos herederos, se encuentra en el

ministerio de Estado unido á un expediente algun tanto voluminoso que trata solo de las diferentes gestiones hechas para averiguar la existencia de la fabulosa suma depositada en el Banco de «Londres», que no ha existido jamás como tal Banco, pues hasta hace pocos años, no se fundó la sociedad conocida con esa razon social.

Todo, pues, induce á creer, y as tambien lo indican los informes de expediente, que la fantástica historia del rey de Madagascar, ó de la Araucapia, ó de Jauja ha servido varias veces de cebo para explotar en este siglo la avaricia entre las clases ignorantes de varias comarcas de España y Francia. Una suposicion se aventura igualmente en algunos de los documentos que leímos hace nueve años, en cuya suposicion andan envueltos los párrocos, curiales y notarios de aquellas épocas, quienes no menos que los agentes encargados de dirigir la reclamacion de la herencia obtenian no escaso provecho por la autorizacion de millares de documentos; pero la sospecha parece infundada considerando la poca monta de esos desembolsos repartidos entre muchos funcionarios, comparándolos con las centralizados en poder de los agentes directores de la farsa.

Estudien los montañeses catalanes estos antecedentes renunciando desde luego á una herencia en que ellos serán realmente los testadores para que otros les hereden en vida.

Miscelánea.

La sociedad musical de Roma piensa inaugurar un monumento á Palestrina. Se dice que para la fiesta

FOLLETIN DEL ECO DE CARTAGENA.
DÍA 29 DICIEMBRE 1879.

—14—

UNA VELADA EN EL MAR ROJO.

EPISODIOS INVEROSIMILES
POR ISIDORO MARTINEZ RIZO.

Pero estaban allí los avestruces; no habia pues que temer, todo estaba vencido, era muy fácil el viaje.

Nos preparamos á la marcha.

Cortamos luengas varas que endurecimos con el fuego y á cuya extremidad atamos los cuchillos que habiamos conservado en el naufragio, y una mañana á cosa de las tres y media, cuando el crepúsculo apuntaba por los celages de la Arabia regando á las fieras á sus antros, ca-

balgamos los tres sobre los bravos avestruces y emprendimos la marcha con direccion á Barberá.

Ni el huracan con su furor insano, cuando, al barrer los suelos del Sudán, arrastra las arenas del desierto abriendo luengos valles y formando cadenas de montañas, discurre tan veloz como los tres cruzamos tan enorme distancia en breves horas.

Serian las diez de la mañana cuando desde las últimas estepas de la inmensa planicie del desierto, divisamos el mar en toda la magnífica extension del golfo arábigo de Aden, y la brisa del Este que bañó nuestras frentes sudorosas, llevó á nuestros pulmones los vapores salinos de los mares que con deleite respiramos.

Una vez en el puerto me despedí del galla somali con profunda ternura, y pasadas dos horas, en un

velero kàrabo abisinio, partimos para Aden en cuyo hermoso y concurrido puerto encontramos pasaje para Europa en un paquete de la India.

He ahí pues, mi aventura,—concluyó el capitán con un acento amable y expresivo,—que viene á confirmar la asercion de mi amigo mister Turkey; si es que,—añadió,—me hacen Vds. el honor de aceptar mi relato como cierto.

—¡Bien, bien!

—¡Bravo!

—¡Magnífico!

—¡Peregrina aventura!

Exclamaron en coro los diferentes pasajeros.

Solo el inglés y yo permanecimos en silencio.

Por fin, este estrechó la mano al capitán, y

—¡Gracias!—le dijo con sentido acento.

Despues, con gravedad británica, preguntóme el isleño:

—Supongo, caballero, que habrá quedado convencido?

—¡Como dudar,—le contesté,—despues de haber oido al capitán. Pero aseguro á V. que si otro fuera el narrador...

—¡Incrédulo!—murmuró el buen inglés.

—Es que hay cosas difíciles de decir,—le repliqué mal humorado.

—De modo,—continuó el inglés,—que si alguien añadiera á esa aventura, otra que le supera en extrañeza si dijera á V. que hay hombres que atraviesan el espacio sobre el dorso de un ave de rapina dirigiendo su vuelo á su alvedrío...?

—Tendría el honor de contestar.